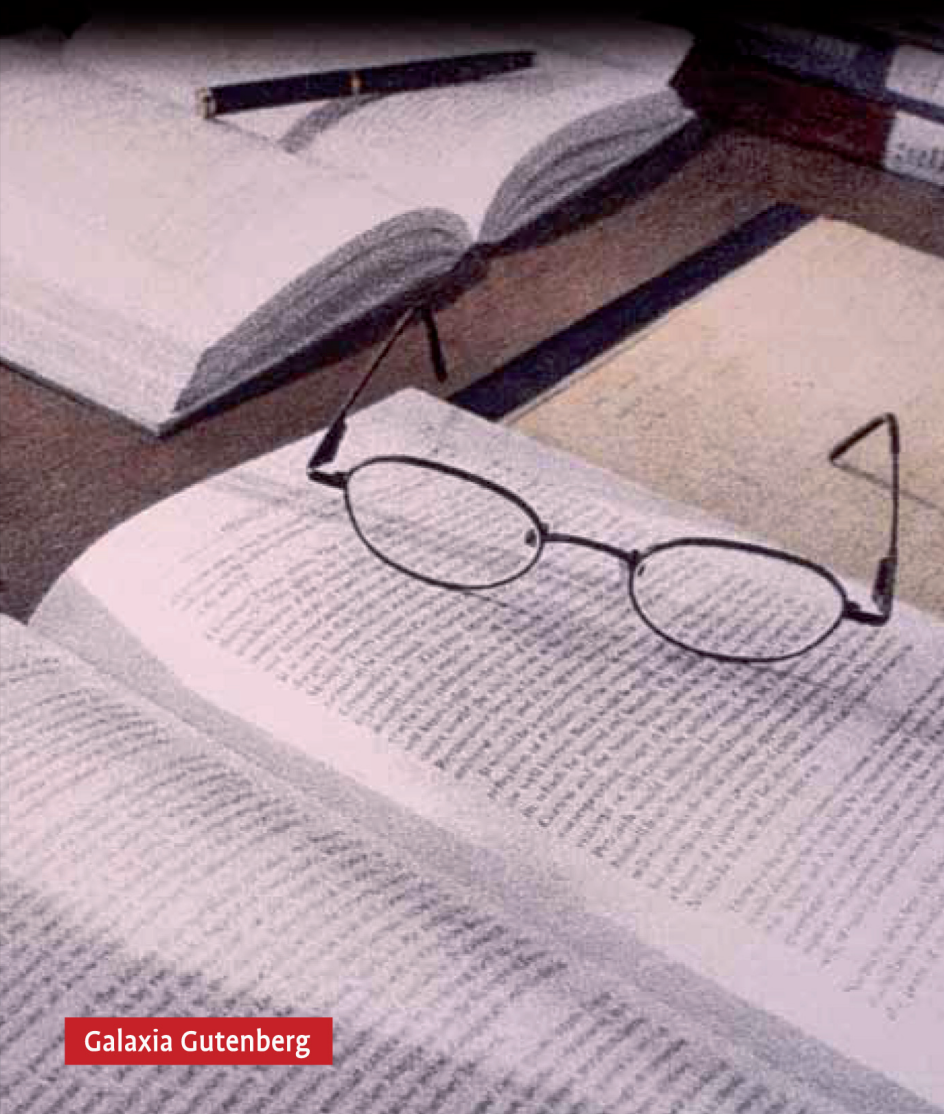


Tzvetan Todorov

La literatura en peligro



Tzvetan Todorov

LA LITERATURA
EN PELIGRO

Traducción de
Noemí Sobregués

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *La littérature en péril*
Traducción del francés: Noemí Sobregués

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.^a
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en Galaxia Gutenberg: julio 2009
Primera edición en este formato: mayo 2017

© Flammarion, 2007
© de la traducción: Noemí Sobregués, 2009
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Prodigitalk
Depósito legal: B. 13461-2017
ISBN: 978-84-17088-28-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Prólogo

Hasta donde soy capaz de recordar, me veo rodeado de libros. Tanto mi padre como mi madre eran bibliotecarios, de modo que en casa siempre había libros de sobra. Constantemente estaban haciendo planes para colocar nuevas estanterías que pudieran absorberlos, y mientras tanto los libros se acumulaban en las habitaciones y los pasillos formando frágiles pilas entre las que yo me deslizaba. Tardé poco en aprender a leer y empecé a devorar relatos clásicos adaptados para jóvenes: *Las mil y una noches*, los cuentos de Grimm y de Andersen, *Tom Sawyer*, *Oliver Twist* y *Los miserables*. Un día, cuando tenía ocho años, leí una novela entera. Seguramente me sentí muy orgulloso de mí mismo, porque escribí en mi diario: «¡Hoy he leído *Sur les genoux de grand-père*, un libro de 224 páginas, en una hora y media!».

En mi época de estudiante en la escuela y en el instituto seguí amando la literatura. Entrar en el universo de los escritores, clásicos o contemporáneos, búlgaros o extranjeros, cuyos textos ahora leía íntegramente,

siempre me hacía estremecer de placer. Podía satisfacer mi curiosidad, vivir aventuras y sentir miedos y alegrías sin sufrir las frustraciones que acechaban mis relaciones con los niños y las niñas de mi edad entre los que vivía. No sabía lo que quería hacer en la vida, pero estaba seguro de que tendría que ver con la literatura. ¿Escribir? Lo intenté, escribí poemas malísimos, una obra de teatro en tres actos que trataba sobre la vida de los enanos y los gigantes, e incluso empecé una novela, pero no pasé de la primera página. No tardé en intuir que no era ése mi camino. Aunque todavía no sabía en qué acabaría la cosa, terminado el instituto no dudé al elegir mi carrera universitaria: estudiaría Letras. En 1956 ingresé en la Universidad de Sofía. Hablar de libros se convertiría en mi profesión.

Bulgaria formaba entonces parte del bloque comunista, de modo que el estudio de las humanidades estaba muy influido por la ideología oficial. Las clases de literatura eran en un cincuenta por ciento erudición y en el otro cincuenta, propaganda, ya que las obras tanto del pasado como del presente se valoraban en función de su conformidad con el dogma marxista-leninista. Había que mostrar en qué medida esos textos ilustraban la ideología correcta, o en qué medida no lo hacían. Como yo no compartía la fe comunista, pero tampoco era de talante contestatario, me refugiaba en la misma actitud que adoptaban muchos de mis compatriotas: en público asentía en silencio o con reticencias ante los eslóganes oficiales; en privado, una vida

intensa de encuentros y de lecturas, orientadas sobre todo hacia autores de los que no se pudiera sospechar que fueran portavoces de la doctrina comunista, ya porque hubieran tenido la suerte de vivir antes de la llegada del marxismo-leninismo, ya porque hubieran vivido en países donde eran libres de escribir los libros que querían.

Para obtener el título universitario, al concluir el quinto año era obligatorio presentar un trabajo de fin de carrera. ¿Cómo hablar de literatura sin doblegarse ante las exigencias de la ideología imperante? Opté por una de las escasas vías que permitían escapar del reclutamiento general: dedicarse a temas sin contenido ideológico, es decir, en las obras literarias, los relativos a la propia materialidad del texto, a sus formas lingüísticas. No era el único que se decidía por esta solución, ya que desde los años veinte del pasado siglo los formalistas rusos habían abierto el camino, que después otros siguieron. En la universidad, el profesor más interesante era, como no podía ser de otra manera, un especialista en versificación. Así, decidí dedicar mi trabajo de fin de carrera a comparar dos versiones de una larga novela de un autor búlgaro escrita a principios del siglo XX, y me limité a analizar gramaticalmente las modificaciones que había introducido entre ambas versiones: los verbos transitivos sustituían a los intransitivos, el perfectivo se hacía más frecuente que el imperfectivo... Mis observaciones escapaban así de toda censura, y actuando de este

modo no me arriesgaba a transgredir los tabúes ideológicos del partido.

Nunca sabré cómo habría podido seguir jugando al gato y al ratón, y no necesariamente con ventaja para mí. Se me presentó la ocasión de ir un año «a Europa», como decíamos en aquella época, es decir, al otro lado del «telón de acero» (imagen que para nosotros nada tenía de excesiva, ya que era prácticamente imposible cruzar aquella frontera). Elegí París, cuya fama —ciudad de las artes y de las letras— me deslumbraba. Un lugar donde mi amor a la literatura no conocería límites, donde podría unir con total libertad mis convicciones personales y mis ocupaciones públicas, y escapar así de la esquizofrenia colectiva impuesta por el régimen totalitario búlgaro.

Las cosas resultaron ser un poco más complicadas de lo que creía. Mientras estudiaba en la universidad, me había acostumbrado a prestar atención a los elementos de las obras literarias que quedaban al margen de la ideología: estilo, composición, formas narrativas... En definitiva, a la técnica literaria. Como en un primer momento estaba convencido de que sólo me quedaría un año en Francia, pues ésa era la duración del pasaporte que me habían expedido, quería aprovechar para aprenderlo todo sobre temas que, descuidados y marginados en Bulgaria, donde tenían el defecto de no servir a la causa comunista, sin duda se estudiaban en profundidad en un país donde reinaba la libertad. Pero me costó mucho encontrar este

tipo de enseñanza en las facultades parisinas. Las clases de literatura se distribuían por países y por siglos, de modo que no sabía cómo localizar a profesores que prestaran cierta atención a los temas que me interesaban. También debo decir que para un estudiante extranjero como yo no resultaba sencillo adentrarse en el laberinto de las instituciones académicas.

El decano de la Facultad de Letras de Sofía me había recomendado a su homólogo en París. Un día de mayo de 1963 llamé a la puerta de un despacho de la Sorbona (que entonces era la única universidad parisina), el del decano de la Facultad de Letras, el historiador André Aymard. Leyó la carta y me preguntó qué buscaba. Le contesté que quería seguir con mis estudios sobre estilo, lenguaje y teoría literaria en general. «Pero ¡estas materias no pueden estudiarse en general! ¿En qué literatura le gustaría especializarse?» Sentí que el suelo se abría bajo mis pies y farfullé de forma un poco lastimera que por qué no en literatura francesa. Y en esos momentos me di cuenta de que estaba haciéndome un lío con mi francés, no muy sólido en aquella época. El decano me miró con condescendencia y me sugirió que mejor estudiara literatura búlgara con algún especialista, que no debían de faltar en Francia.

Aunque me desanimé un poco, seguí buscando y preguntando a las pocas personas a las que conocía. Y así fue como un día expliqué mis dificultades a un profesor de Psicología, amigo de un amigo, y és-

te me comentó: «Conozco a alguien al que también le interesan estos temas un poco raros. Es ayudante en la Sorbona y se llama Gérard Genette». Nos conocimos en un oscuro pasadizo de la calle Serpente, donde había varias aulas, y enseguida nos caímos muy bien. Me explicó, entre otras cosas, que un profesor impartía un seminario en la École des Hautes Études, y que podríamos volver a vernos allí. El profesor se llamaba (nunca antes había oído su nombre) Roland Barthes.

El inicio de mi vida profesional en Francia estuvo vinculado a estos encuentros. Enseguida decidí que un solo año de estancia no bastaría y que tenía que instalarme en el país durante más tiempo. Me matriculé con Barthes para doctorarme, y presenté mi tesis en 1966. Poco después ingresé en el Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS), donde he llevado a cabo toda mi carrera profesional. Entretanto, instigado por Genette, traduje al francés textos de los formalistas rusos, poco conocidos en Francia, en un volumen titulado *Théorie de la littérature* que se publicó en 1965. Más adelante, también con Genette, dirigimos durante diez años la revista *Poétique*, con el apoyo de una colección de ensayos, e intentamos modificar la enseñanza literaria en la universidad para liberarla de las casillas de los países y los siglos, y abrirla a lo que acerca las obras entre sí.

Los años siguientes fueron para mí años de integración progresiva en la sociedad francesa. Me casé,

tuve hijos y me convertí también en ciudadano francés. Empecé a votar y a leer el periódico, y me interesaba la vida pública un poco más que en Bulgaria, ya que descubría que esa vida no estaba necesariamente sometida a los dogmas ideológicos, como sucede en los países totalitarios. Aunque nunca caí en la admiración devota, me alegraba constatar que Francia era una democracia pluralista que respetaba las libertades individuales. Y esta constatación influía a su vez en el modo en que decidía acercarme a la literatura: las ideas y los valores de las obras no estaban ya aprisionados en una argolla ideológica preestablecida, ya no había razones para dejarlos de lado y hacer como si no existieran. Las causas de que me interesara *exclusivamente* por la materia verbal de los textos habían desaparecido. Desde ese momento, a mediados de los años setenta, perdí también mi afición por los *métodos* de análisis literario y me dediqué al propio análisis, y por lo tanto a enfrentarme con los autores.

A partir de ahí mi amor a la literatura dejó de estar limitado por la educación que había recibido en mi país totalitario. De repente tuve que intentar conseguir nuevas herramientas de trabajo, sentí la necesidad de conocer los contenidos y los conceptos de la psicología, de la antropología y de la historia. Como las ideas de los autores recuperaban toda su fuerza, para entenderlas mejor quise sumergirme en la historia del pensamiento relativa al hombre y sus sociedades, en la filosofía moral y política.

Al hacerlo, el propio objeto de esa labor de conocimiento se amplió. La literatura no surge en el vacío, sino en el seno de un conjunto de discursos vivos con los que comparte muchas características. No es casualidad que a lo largo de la historia sus fronteras hayan sido cambiantes. Me sentí atraído por esas otras formas de expresión, no en detrimento de la literatura, sino de forma paralela. Para saber cómo se encuentran culturas muy diferentes entre sí, en *La Conquête de l'Amérique* leí tanto los relatos de los viajeros y conquistadores españoles del siglo XVI como los de sus contemporáneos aztecas y mayas. Para reflexionar sobre nuestra vida moral, me sumergí en escritos de antiguos deportados de los campos rusos y alemanes, lo que me llevó a escribir *Face à l'extrême*. En *Los aventureros del absoluto*, la correspondencia de varios escritores me permitió analizar un proyecto existencial: el que consiste en poner la propia vida al servicio de la belleza. Los textos que leía —relatos personales, memorias, obras históricas, testimonios, reflexiones, cartas y textos folclóricos anónimos— no compartían con las obras literarias la categoría de ficción, ya que describían directamente los acontecimientos vividos, pero, como ellas, me permitían descubrir las dimensiones desconocidas del mundo, me conmocionaban y me daban que pensar. En otras palabras, el ámbito de la literatura se ampliaba, dado que ahora incluía, junto con poemas, novelas, narraciones y obras de teatro, el vasto dominio de la escri-

tura narrativa destinado al uso público o personal, el ensayo y la reflexión.

Si hoy me pregunto por qué amo la literatura, la respuesta que de forma espontánea me viene a la cabeza es: porque me ayuda a vivir. Ya no le pido, como en la adolescencia, que me evite las heridas que podría sufrir en mis contactos con personas reales. Más que excluir las experiencias vividas, me permite descubrir mundos que se sitúan en continuidad con ellas y entenderlas mejor. Creo que no soy el único que la ve así. La literatura, más densa y más elocuente que la vida cotidiana, pero no radicalmente diferente, amplía nuestro universo, nos invita a imaginar otras maneras de concebirlo y de organizarlo. Todos nos conformamos a partir de lo que nos ofrecen otras personas: al principio nuestros padres, y luego los que nos rodean. La literatura abre hasta el infinito esta posibilidad de interacción con los otros, y por lo tanto nos enriquece infinitamente. Nos ofrece sensaciones insustituibles que hacen que el mundo real tenga más sentido y sea más hermoso. No sólo no es un simple divertimento, una distracción reservada a las personas cultas, sino que permite que todos respondamos mejor a nuestra vocación de seres humanos.